

nir, en un horizonte no muy lejano, con el Sr. Lerdo de Tejada se ahogará en México la tiranía demagógica, y los trabajos de quien le suceda en el poder. Llegando á establecer un gobierno, serán dirigidos á hermanarlos dos grandes principios de la libertad y la autoridad, sentándolos en el s6llo de la justicia. ¡Tal es la grande obra que se le prepara á un pueblo que tanto ha sufrido con el azote de la guerra civil! ¡Y tal es el porvenir de ese mismo pueblo, acrisolado con el fuego de una grande tribulaci6n, á la cual s6lo excede en magnitud la resignaci6n con que la ha sufrido!

114.—*La Constituci6n de 1857.*

Despu6s de publicado el decreto y la circular de que se hizo m6rito al fin del capitulo anterior, los ministros de Santa Ana no asistieron ya á Palacio por no tener ya objeto en 6l; y la poblaci6n toda estaba pasmada de ver aquel desenlace tan inesperado de la dictadura. La falta de un representante del poder p6blico, hacfa temer grandes trastornos y las espantosas consecuencias de la anarqufa; temores que ni eran infundados ni salieron vanos. En la capital de la Rep6blica sobraban adictos á la revoluci6n: hombres capaces de rivalizar en excesos con las desordenadas gavillas que habfan asolado algunos departamentos, que si hasta allf habfan reprimido sus arranques de desorden, era por el peso del poder que tenfan sobre s6; pero una vez libres de 6l, los que no habfan tenido valor de ir á combatir con la dictadura en los campos de batalla, s6 fueron capaces de azuzar á las masas del pueblo para arrojarlas en turbas desenfrenadas sobre las casas de los ministros y otras personas amigas del gobierno ca6do, donde cayeron como una horda de salvajes ejerciendo una cobarde venganza; quebrando cuanto hallaban y formando hogueras con los muebles de las casas. ¡Negro bal-

d6n para los proclamadores de una libertad absurda; y triste preludio de lo que la naci6n tenfa que esperar de tales hombres y de tal causa!

El dfa 13 de Agosto la guarnici6n que habfa quedado en M6xico, levant6 una acta en la cual se adherfa al plan de Ayutla, nombrando general en jefe á D. R6mulo Diaz de la Vega, á quien se encargaba de nombrar dos individuos por cada departamento, para que ellos eligieran al presidente de la Rep6blica. El general Diaz de la Vega procedi6 luego á nombrar á los Representantes que reunidos el dfa 14, nombraron presidente provisional al general D. Mart6n Carrera, quien en el mismo dfa se encarg6 del mando supremo, y con eso se salvaron de pronto en la capital de la anarqufa y de mayores venganzas, pero otra reuni6n de vecinos habfa tambien levantado su acta de adhesi6n al plan de Ayutla sin modificaci6n alguna; mas tuvieron que ceder á la fuerza de la guarnici6n.

Como la noticia de la fuga del general Santa Ana se habfa divulgado desde que la preparaba, los amigos de la revoluci6n cobraron br6o en todas partes y casi al tiempo de su salida de la capital, se habfan pronunciado en Guadalajara, Zacatecas y Durango adhiri6ndose al plan proclamado en Ayutla.

Tambien en S. Luis Potosf D. Antonio Haro y Tamariz, proclamaba otro plan distinto por supuesto del de Ayutla, porque si con tanto tez6n habfa combatido la tiranfa de Santa Ana no podfa estar conforme con la de la demagogia; y firme siempre en sus principios de 6rden querfa que 6ste prevaleciera, queriendo agrupar en derredor de esta bandera á todas las clases de la sociedad para que respet6ndose todos sus derechos, mutuamente tambien se protegieran en ellos contra el torrente que se desbordaba. Si la fuga de Santa Ana no hubiera sido tan intempestiva como criminal, se habria podido combinar todos esos elementos para haber salvado al pa6s bajo una buena direcci6n: pero nada hubo tiempo de preparar, y 6n el aislamiento en que se

encontraron aquellos elementos, tuvieron que ceder al empuje de la revolución tal como venía desencadenada desde su principio.

Los partidarios del plan de Ayutla calificaban así al plan de México y al de S. Luis proclamado por el Sr. Haro y Tamariz. "El plan de México era como una mala transacción de lo pasado, falto de apoyo, con la revolución que venía triunfante: el plan de S. Luis era una grande ambición tendiendo la mano en ademán de amparar, pero realmente pidiendo ayuda al clero y al ejército, que se consideraban amenazados."

"Firmes se mantuvieron los caudillos de la revolución contra el gobierno de Carrera y no fué menos la energía con que se opusieron á las pretensiones de Haro. Sin embargo, aquí se trataba de una dificultad mucho más grande que la primera. El plan de San Luis podía considerarse no como una usurpación hecha por unos cuantos jefes, que aprovechándose de la ansiedad pública habían creado un gobierno sobre las ruinas del antiguo. Haro no era una entidad intrusa en la revolución por las recientes circunstancias: no acababa de servir al dictador en los primeros puestos del Estado, como sucedía respecto de los hombres de la capital: Haro era un ciudadano proscrito por la dictadura, á la cual había hecho una guerra implacable; un enemigo declarado de la tiranía desde el tiempo en que ésta se hallaba en todo su esplendor; era en fin uno de los hombres de la revolución que había triunfado. En consecuencia de todo esto, el plan de San Luis *que representaba por un lado las buenas tendencias de la causa popular, y que por otro ligaba con los intereses de ella el interés de clases poderosas, era una cosa terrible para el plan de Ayutla y sus hombres.*"

Aquí están perfectamente caracterizados todos los principios y los partidos que en México, lo mismo que en todo el mundo, se han disputado el centro del poder. Por una parte se veía á la dictadura represen-

tando el principio de la fuerza, puesta en fuga vergonzosa en la persona de su caudillo, para no volver más á la escena: en el plan de México se veía á la clase militar despojándose ya de los elementos del despotismo para dar un abrazo al principio de la libertad: en el plan de Ayutla estaba netamente significada la demagogia, llevando al libertinaje con todos sus horrores, cubierta hipócritamente con el escudo de la libertad; y en el plan de San Luis se veían claro los principios conservadores del orden y de la libertad, por lo cual los revolucionarios veían en él una grande ambición representando las buenas tendencias de la clase popular y los intereses de clases poderosas, ambición temible para el plan de Ayutla y para sus hombres. Aquí está probada la injusticia con que se ha juzgado el partido conservador, suponiéndolo representante de la tiranía de la fuerza; pero claramente se ve en los acontecimientos referidos, que ese partido, representado por D. Antonio Haro y Tamariz y otras personas, no sólo no fué cómplice de la tiranía de Santa-Ana, sino que por el contrario la combatió con energía y sus esfuerzos cooperaron á preparar la caída del despotismo. En aquel momento entraban en lucha todos los partidos, y plugo al Señor de las sociedades aplazar para más tarde el triunfo de la justicia, concediendo entonces la dominación á la tiranía de la demagogia.

Volvió Comonfort de Colima, y en Santa-Ana Acatlán tuvo noticia el 20 de Agosto de los acontecimientos de Guadalajara, Zacatecas, San Luis y México; así como también de que en Guanajuato se había pronunciado D. Manuel Doblado al frente de la brigada del general Márquez, por un plan que sin ser alguno de los dados á conocer hasta allí, tendía á unirse con el de San Luis; por lo cual se apresuró en su marcha, porque conoció el peligro en que la revolución estaba para habérselas con un enemigo tanto más poderoso, cuanto eran justos los principios que invocaba, y como di-

ce el autor de la revolución de Ayutla "el peligro en que la revolución estaba de perderse, precisamente en la hora de su triunfo, pues al tocar la puerta de las ciudades, éstas la habían rechazado como á una desconocida y ella habría tenido que volverse á sus montañas."

Respecto del plan de México y nombramiento del general Carrera para presidente de la República, Comonfort no tuvo gran temor y contestó desconociendo lo que se había hecho; pero no así respecto de los planes de San Luis y Guanajuato, invitando á los Sres. Haro y Doblado para tener en Lagos una conferencia que tendría lugar el 16 de Septiembre, con objeto de arreglar lo conveniente para la pacificación de la República.

El general Carrera conforme al plan de Ayutla, expidió la convocatoria para el congreso constituyente é invitó á los caudillos de la revolución á reunirse el 16 de Septiembre en el pueblo de Dolores para conferenciar sobre la marcha que debería adoptarse en la administración pública; pero como no consiguió que se reconociera su mando y se atendiera á su voz, renunció la presidencia el día 11 de Septiembre, y en el mismo día la guarnición adoptó el plan de Ayutla sin modificación alguna, nombrando general en jefe del distrito á D. Rómulo Diaz de la Vega. Este paso acabó de coronar la victoria de la revolución de Ayutla: pues teniendo ya enarbolado su pabellón en la capital, los otros planes quedaron sin la fuerza necesaria para contrapesar al de Ayutla, y tuvieron que ceder en obvio de los males que el país sufría con la prolongación de una guerra, para la cual eran muy inferiores los elementos de Haro y Tamariz y Doblado, respecto de los que tenían ya sus adversarios que dominaban en todo el país. De manera que al celebrar en Lagos la conferencia citada para el 16 de Septiembre y la cual tuvo lugar en la casa del Sr. Rincón Gallardo, marqués de Guadalupe, el Sr. Comonfort se negó á toda transac-

ción con los representantes de los otros planes, principalmente por ser ya un hecho consumado el triunfo del de Ayutla, cuando estaba reconocido en todo el país con excepción de Guanajuato y San Luis; y no estando ninguno de los dos puntos en relación con nadie, ni contando con elementos para resistir todo el peso de las fuerzas que de pronto podían poner en campaña los vencedores, hubo que ceder á éstos el campo, acordando el definitivo triunfo del plan de Ayutla; y D. Antonio Haro y Tamariz, hombre enérgico, no hizo traición á sus principios, retirándose de la escena política para procurar más tarde y de un modo más bien combinado el triunfo de sus ideas.

D. Juan Alvarez, que se había puesto en marcha para la capital, con una división de surianos, en Iguala nombró con fecha 24 de Septiembre á los representantes que conforme al plan de Ayutla debían nombrar al presidente de la República, mandando que esta reunión tuviera lugar en Cuernavaca el día 4 de Octubre. Reunidos en efecto los representantes se hizo el nombramiento de presidente en D. Juan Alvarez, cuya elección no fué del agrado de todos: el prestigio que tenía el viejo caudillo del Sur en su departamento, se había considerado necesario para darle pábulo á la revolución de Ayutla, y más que buscando su acción, sólo se buscó el poder de su nombre en aquellos pueblos, cuando se le nombró general en jefe del ejército pronunciado; pero para desempeñar la primera magistratura de la nación, y más con las exigencias de una revolución que tendía á destruir todo orden, no era bastante un nombre, ni se consideraba á propósito una persona en quien el hielo de la edad ha enfriado el fuego de las pasiones: que sin embargo subsistió, trasladándose el gobierno á la capital de la República el día 8 de Octubre.

El nuevo presidente formó luego su ministerio con los Sres. Ocampo, Arriola, Prieto, Juárez y Comonfort, que perfectamente representaban las ideas de la revo-

lucion, y que conforme á sus tendencias luego empezó á minar los cimientos de la sociedad, no reformando algunas clases de la sociedad, sino destruyéndolas. A este fin se encaminaba la ley que dió sobre administracion de justicia, aboliendo el fuero eclesiástico. Prescindiendo de la facultad de un gobierno temporal para dictar leyes en el orden religioso y espiritual, por la primera vez se veía en México degradar la dignidad sacerdotal, hasta el extremo á que se la reducía con la abolición del fuero; y considerada esta cuestión sólo socialmente haciendo hasta donde sea posible abstraccion de la cuestion religiosa, se privaba á la clase más respetable de la sociedad, del respeto que ha merecido el sacerdocio aun entre los pueblos paganos. Esto conmovió profundamente los ánimos de la sociedad; y los pastores de la Iglesia Mexicana no dejaron de elevar su voz para reprobear aquel primer paso de la revolucion triunfante y erigida ya en gobierno, que revelaba bien las miras de hostilidad completa á la Iglesia Católica.

El nuevo gobierno no tenía mejor medio para sembrar sus ideas y prevenir por ese medio los ánimos para los fines que ulteriormente se proponía, que la prensa periódica: así es que uno de los frutos y muy amargo por cierto, del triunfo de la revolucion de Ayutla, fué el desenfreno de la prensa en virtud de la libertad que se le concedió, y vomitaba las mayores injurias y las más injustificables calumnias contra el sacerdocio católico, á la vez que no dejaba de manifestar un odio muy profundo contra el ejército, del cual se pedía diariamente su completa extinción. En esto se hacía uso de muchos hechos que serían ciertos; pero todo se manifestaba con exageración, y se querían sacar consecuencias sin prudencia y sin justicia: y como eso no podía causar otro efecto que recrudecer los odios y reavivar el mal apagado fuego de las pasiones políticas, facilmente se notaron nuevas tentativas armadas

para destruir un gobierno que amenazaba exceder en tiranía al que se acababa de quitar.

En Guanajuato se pronunció D. Manuel Doblado, aunque este pronunciamiento no tenía un fin general, ni una mira patriótica; pues sólo se quería que la presidencia de la República pasara de las manos de D. Juan Alvarez, á las de D. Ignacio Comonfort, sin cambio alguno en las bases de la administración: pero no era así con las sublevaciones que se hicieron en el Estado de Puebla y algunos puntos de la Sierra Gorda.

Encendido el fuego de la guerra civil, el desempeño de la presidencia no podía convenir á D. Juan Alvarez, quien no estaba conforme de ningún modo en la capital; y el peso de sus años y sus hábitos naturales, le inclinaban más bien á su acostumbrada tranquilidad en el Sur, donde dominaba sin la agitación de vida que era necesaria en la capital de la República: así es, que se resolvió á dejar la presidencia en D. Ignacio Comonfort nombrándolo presidente sustituto por decreto de 12 de Diciembre. El Sr. Comonfort entró el 16 del mismo mes á desempeñar su encargo, nombrando para el ministerio de la guerra que él desempeñó durante el gobierno de D. Juan Alvarez, al general D. José María Yañez, entrando despues sucesivamente á otros ministerios D. Ezequiel Montes, D. José María Lafragua, D. Miguel Lerdo de Tejada, D. José María Iglesias, D. Ignacio de la Llave y D. Antonio García.

Los más de los periódicos y el giro de la administración pública dada á la política, hicieron nacer dos sublevaciones armadas, que ocuparon la atención del Sr. Comonfort desde los primeros días de su gobierno: una tuvo lugar en la Sierra Gorda, acaudillada por el general D. José López Uruga, y otra en la sierra de Zacapoastla, cuya acta se firmó el 16 de Diciembre por el general D. Francisco Gutiérrez, los coroneles D. Luis G. Osollo, D. Francisco Olloqui y algunos otros jefes del ejército, y cuyo plan, desconociendo el gobierno de Comonfort, proclamaba las bases orgánicas de 1843. El go-

bierno fué bastante afortunado para concluir pronto la pacificación de la Sierra Gorda, porque entre los jefes principales con que contaba el general Uraga, se hallaban D. Antonio Montes y D. Tomás Mejía, el general que despues hizo un papel tan distinguido en el ejército y que fué una de las víctimas del Cerro de las Campanas: estos dos jefes tenían tal ascendiente en todos los pueblos de la Sierra que su voz era escuchada sin vacilación por todos; y como el primero era tío de D. Ezequiel Montes, que entonces era ministro de Comofort, pudo el gobierno influir bastante en su ánimo por medio del ministro, para que abandonara las filas de la insurrección D. Antonio Montes, quien á su vez con la amistad íntima que tenía con Mejía, lo hizo tambien dejar las armas; y separados los dos de las fuerzas de Uraga, no le quedó á éste más medio que abandonar la empresa que había tomado. De manera que esta campaña, que el gobierno encomendó al general extranjero D. Luis Ghilardi, pronto acabó sin efusión de sangre, quedando pacíficos aquellos pueblos en todo el mes de Enero de 1856.

No acabó el gobierno con la misma facilidad, con los pronunciados de Zacapoastla: éstos tenían un plan fijo, un estandarte " tanto mas peligroso, dice el autor de la revolución de Ayutla, cuanto que en él estaba escrita la palabra libertad al lado de la palabra Orden: parecía un movimiento operado para poner coto á las exageraciones democráticas: favorecían el movimiento clases muy poderosas, que se creían amenazadas en sus intereses por la política dominante: *una propaganda sorda y segura se ejercía por todas partes sobre los pueblos, invitándolos á impedir que prevaleciera el desenfreno demagógico*; y no faltaron liberales que de buena fe se manifestaran adictos ó tomaran parte en la empresa." Esto prueba que el plan de Zacapoastla no era una rebelion criminal, sino la manifestación de la voluntad general para sacudir el yugo de una tiranía bien pesada y funesta.

Este movimiento lo dirigía desde la capital D. Antonio Haro, y Tamariz de quien el gobierno temía con razon; y no teniendo el gobierno un dato positivo para proceder al castigo de Haro, pero queriéndose librar de un enemigo que juzgaba poderoso, dió una orden de prisión en su contra, y mandó que en una diligencia extraordinaria se llevara violentamente á Veracruz para hacerlo salir del país, lo mismo que á los generales D. Francisco Pacheco y D. Agustín Zires. Como esto quiso hacerlo el gobierno con una prontitud que diera mas realce á su medida, mandó que la diligencia caminara tambien de noche; y en la del 5 al 6 de Enero, adelante de Córdoba, paró el coche á las doce de la noche en el punto donde debían mudarse los caballos. Mientras se hacía esa operación, se apearon los presos acompañados de sus guardianes; y al volver á montar, lo fueron haciendo todos hasta quedar el último un oficial, y D. Antonio Haro: éste insistió en cederle la preferencia al oficial, hasta que éste cedió á aquella muestra de cortesía; pero no bien hubo subido al coche el oficial, cuando el cochero hizo mover los caballos con tal velocidad, que cuando el jefe advirtió la falta del principal de sus presos, ya se había corrido tanto trayecto, que aun cuando volvió luego parte de la escolta en busca del Sr Haro y Tamariz, no fué posible hallarlo entre las malezas del terreno y la obscuridad de una noche nebulosa.

Esta ingeniosa fuga del caudillo del movimiento de Zacapoastla, le proporcionó estar allí á los pocos días en unión de todos los jefes, para darle más impulso á aquella empresa. El gobierno para sofocarla había mandado una fuerza á las órdenes de D. Ignacio Llave; pero al acercarse á Zacapoastla, el jefe del gobierno fué abandonado de casi toda su fuerza que adoptó la bandera pronunciada, y él tuvo que volverse casi solo. Despues se mandó otra fuerza al mando del general D. Severo del Castillo; y toda con su jefe proclamó el plan de Zacapoastla. Esto proporcionó á los defenso-

res de aquel plan tener en pocos días una fuerza de cuatro mil hombres, con artillería y suficiente material de guerra, con lo cual se movieron sobre Puebla, cuya plaza estaba defendida por el general Fraconiz. Este jefe no pudo resistir el choque de los pronunciados y tuvo que celebrar una capitulación, que fué lealmente cumplida por sus adversarios, y en virtud de ella salió con toda su fuerza y los honores de la guerra, entrando los vencedores á la plaza el 23 de Enero.

En esos días estaba para reunirse el Congreso constituyente, para lo cual se había dado la convocatoria, como en efecto se reunió y fué instalado el 18 de Febrero; y uno de sus primeros actos fué confirmar el nombramiento de presidente interino de la República, en D. Ignacio Comonfort. Una vez que este señor se vió investido con la suprema magistratura, por la autoridad del congreso, se dedicó á dirigir personalmente la campaña sobre los pronunciados de Puebla, para lo cual había reunido ya todos los elementos necesarios.

El Sr. Comonfort salió de México el día veintinueve de Febrero habiendo puesto en marcha un ejército de diez y seis mil hombres, con ocho baterías, mandado por él mismo en persona y fraccionado en divisiones que mandaban los generales Parrodi, Moreno, Zuloaga, Portilla, Ghilardi y Doblado. Este numeroso ejército iba á combatir con cuatro mil hombres; pero no podían disimular el temor que les causaba el arrojo y la decisión de los defensores de Puebla: y así fué, que llegando á San Martín Tezmelucan, levantaron allí fortificaciones, para esperar un ataque ántes de ir á darlo. Así pasaron algunos días, hasta el 7 de Marzo en que se resolvió Comonfort á avanzar más, hasta tres leguas de Puebla, ocupando el cerro de Ocotlán y extendiéndose la derecha por Rio Prieto hasta la loma del Montero, y la izquierda hasta la hacienda de San Isidro, poniendo la reserva en la hacienda de Santa Inés, y el cuartel general en San Miguel Xostla.

Los defensores del plan de Zacapoastla querían de-

cidir la suerte de aquella contienda en una batalla campal, donde menos se hicieran sentir las consecuencias de la guerra á las poblaciones; pero siendo muy inferiores en número, no podían retirarse tanto de la ciudad de Puebla que era la base de sus operaciones; pero cuando el ejército de Comonfort hizo su movimiento el día 7, luego ordenaron el suyo para el día siguiente, como en efecto se verificó el día 8 antes de amanecer, saliendo por el puente de México, una fuerza de tres mil quinientos hombres y doce piezas de artillería.

La salida de los soldados de Puebla fué tan valiente y tan bien ejecutada, que envolvieron las posiciones enemigas, y cerca de las ocho de la mañana las atacaron presentándose en la derecha la columna en que mandaban los valientes Oronoz, Solís, Miramón y Güitián: en el centro las de Osollo, Aljobin y Bustos; á la vez el coronel Olloqui, se presentaba en la izquierda del cerro de Ocotlán, que era el centro y el punto fuerte de los enemigos. La lucha fué encarnizada y terrible por espacio de dos horas y media, y á pesar de la ventajosa posición del ejército del gobierno, el empuje de los pronunciados fué con tanto brío, que no lo pudieron resistir en el centro, y se llegaron á apoderar del cerro de Ocotlán. La noble causa que estaba escrita en el estandarte de Zacapoastla, y el valor con que se defendió ese día, causó una impresión tan favorable en los ánimos, que desde entonces se hizo absolutamente aquella causa la causa nacional.

El combate de Ocotlán pudo haber acabado con la discordia civil que desgarró el seno de México, si se hubiera procedido con igual lealtad por los dos combatientes; pero faltó ésta en una parte y las consecuencias fueron sangrientas y funestas para la nación. El pequeño ejército de los pronunciados había hecho prodigios de valor contra sus numerosos enemigos: había tomado ya la posición más fuerte; pero tenía mucho que hacer, cuando aun quedaban grandes obs-

táculos que vencer, principalmente cuando los contrarios tenían una grande reserva, que puesta ya en marcha por el camino de Santa Inés, estaba pronta á renovar el combate, con columnas que nada habían sufrido en el anterior: los del gobierno á su vez, veían que su número estaba equilibrado con el valor y disciplina de sus enemigos, y la toma de la parte principal del cerro de Ocotlán, les hacía temer una derrota; de manera que casi á la vez se tocaba en las dos líneas á que cesara el fuego, mandando dar ese toque en las fuerzas del gobierno el general Avalos. Una vez que cesó el fuego, D. Antonio Haro y Tamariz solicitó una entrevista con el general Villarreal, que había mandado en jefe la acción, proponiendo que hubiera una tregua en que cada fuerza volviera á ocupar sus líneas y pudiera levantar sus muertos y heridos. Como á ese tiempo el Presidente se avistaba al lugar del combate. Villarreal dejó á él la solución de aquella proposición que revelaba sentimientos humanitarios y de caballerosidad; pero el Sr. Comonfort, sin contestar á Haro su proposición en la entrevista que con él tuvo, le hizo por su parte otra, que el jefe reaccionario calificó de insultante y ridícula en su nota de 14 de Marzo, y ella se reducía á que todos se pusieran á disposición del gobierno, sin concederles mas que la garantía de la vida, y para esto se daba un breve término para la resolución. Los hombres que con tan heróico valor pelearon en Ocotlán, no hacían el sacrificio de su vida, por una ambición personal; sus deseos eran nobles, porque querían obtener algún bien para su patria; y como la proposición del presidente nada miraba á esos intereses sagrados, por eso el Sr. Haro la llamó insultante.

El plazo para la resolución se habia prolongado hasta las tres de la tarde; y en aquellos momentos todo era solemne. Ambas fuerzas se hallaban en los puntos en que se encontraban al darse el toque que suspendió los fuegos; pero cada una con la mano puesta sobre la mecha para renovar á la menor señal aquel terrible

combate, en caso de que no dieran resultado alguno favorable las negociaciones de que se había tratado.

D. Antonio Haro se quejó despues en su nota oficial del día 14, de que el Sr. Comonfort había faltado por su parte á las reglas establecidas en el derecho militar, no respetando la tregua de las hostilidades; y en haberse empeñado en llevar la guerra á la misma ciudad de Puebla, mal que él quiso evitar desafiándolo á una batalla campal como lo hizo á pesar de la desproporcionada inferioridad de su ejército, sólo por librar á la ciudad de los males tan funestos de la guerra: pues durante aquel armisticio, Comonfort dió orden á los generales Ghilardi y Moreno que avanzaran á tomar parte á Puebla donde habia quedado muy poca fuerza, como en efecto avanzó el primero hasta penetrar en algunas calles de la ciudad, y el segundo hasta cerca del puente en el rio Atoyac. Cuando Haro observó este movimiento, hizo retirar sus fuerzas violentamente para ocupar y defender la ciudad, en cuyo movimiento fueron seguidas por el batallon lijero de Guanajuato con cuatro piezas, cuyos soldados abrazaron la bandera que en Ocotlan habia sido defendida con un valor tan heróico.

En la tarde de ese mismo día acercó más Comonfort sus fuerzas á la ciudad que empezó á atacar al día siguiente, y los que proclamaron el plan de Zacapoastia, á defenderla con un ardor y constancia dignos de la causa que les servía de bandera. Todos los combates á que habia lugar cada día, eran horriblemente sangrientos, pero se sostuvieron por los sitiados hasta apurar todos los medios de resistencia, siendo uno de los hechos más notables la defensa del Convento de la Merced. Este punto estaba defendido por 120 hombres que fueron atacados desde el día 11, y luego quedaron aislados del resto de los sitiados, sin que lograsen rendirlos á pesar de los continuos ataques y de que á ellos se les acabaron los recursos y peleaban desfallecidos por el hambre y devorados por la sed. Pero